

amasada, y esta civilización, á tanta costa conseguida, no hubieran jamás crecido y prosperado, haciendo más habitable la tierra, más diáfano el cielo, porque de tales ficciones sucesivas y enlazadas en serie lógica por los desarrollos del espíritu y por los movimientos del tiempo ha vivido en siglos de siglos y en generaciones de generaciones la mísera humanidad, arraigada por su organismo en la materia y por su espíritu en Dios, merced á lo cual saca de irreductibles contradicciones toda su grandeza.

CORNELIA

Al pasar ante mujer de tal renombre bien puede asegurarse que llegamos al más vivo esplendor y al más encumbrado cenit de la matrona romana. En los períodos precedentes al suyo no está bien fija todavía la suerte social de su sexo, y en los períodos subsiguientes se mezclan con Roma y la vida romana mutuos elementos, á ellas ajenos, por los dos medios de la conquista y del cristianismo. La república romana, la legislación romana, el sér verdaderamente romano se concretan, y se caracterizan, y se definen ahora, en el cortísimo período que media entre la toma de Cartago y la muerte de Cayo Graco. Pensemos que de la legislación romana proviene la legislación española, que del municipio romano nuestro municipio, que del hogar la casa donde vivimos, que de su familia nuestra familia; y nos interesará por todo extremo el observar la mu-

jer y estudiarla en el período cuyas leyes y costumbres más la delinean para los ministerios á que su naturaleza y su vocación la llaman. Y, parándonos á ver el camino recorrido, es decir, la significación recibida de su tiempo y de su sociedad por las estatuas de nuestra larguísima galería; la idea transparentada por cada cual en su frente respectiva; el sér que toman todas á una de su medio ambiente social, admiraremos sin reserva la muy graduada, pero muy segura, transformación, que ha trocado la hembra de las edades y de las tribus primitivas, casi bestializada por una promiscuidad horrorosa, en esta madre, á la cual sus hijos adoran como un Dios y consultan como un oráculo, cuya vivienda se transfigura en templo y cuya silla en trono, tratada por los primeros romanos merced al comercio intelectual continuo entre los sexos como un compañero y un consultor, dirigiendo así con su influjo la política é iluminando con sus ideas la ciencia, testimonios vivos de autoridad y poder morales superiores al poder material y más eficaz y más efectivos. ¡Cuánta fuerza el amor tiene! Las corrientes magnéticas que llaman al Norte inmóvil esa brújula puesta en máquinas entregadas á los caprichos del viento y de las ondas; la cohesión, que mantiene las más discordes moléculas en los cuerpos y evita sus disgregaciones; aquella fuerza mecánica

que pone los mundos como colgados en el espacio y los impulsa en sus movimientos y los concierta en sus armonías; todo eso es amor, que brilla en el sol y en el nido arde, como difuso, á manera de luminoso éter, por el universo. Y este amor, á medida que sube desde las moléculas frías componentes de los minerales últimos al fosforo del cerebro iluminado ya por el pensamiento, va tomando pureza ó intensidad. ¡Qué diferencia entre las agregaciones y segmentaciones de los organismos rudimentarios ó incipientes y el suspiro, el acento escapado á los labios y al corazón de una hermosa mujer enamorada! Y, sin embargo, todo es amor. Aplicad el oído al universo, y el aura que se aroma en los cálices de las flores, y el pío que acompaña los vuelos matinales de las alondras, y el susurro de la enramada quejándose al contacto de innumerables besos, y el arrullo de la paloma, y el aleteo de las avecillas en los nidos, y las escalas cromáticas del ruiseñor, todos cuantos rumores llegan hasta nosotros en más ó menos agudas notas y armoniosas cadencias, componen un epitalamio sin fin destinado á cantar las nupcias sin cuento que se animan y encienden todas en el amor universal. He aquí, pues, la fuerza de cohesión, la fuerza de atracción, la fuerza del amor, manteniendo el equilibrio universal y perpetuando las especies varias por medio

de un elemento que parece divino, según lo difuso por la inmensidad, como el sér mismo de Dios, causa de todas las causas, y el éter, generador de la luz y del calor que también de Dios proviene y al sér de Dios se asemeja. Una virtud tan suprema, tan eficaz, tan intensa, cuando estalla en el corazón humano, toma varios aspectos, como corresponde á la riqueza de aptitudes en nuestra especie. Y cuando vive y se dilata por los siglos y por las generaciones múltiples, atraviesa modos de ser tan diversos, que parecen, á primera vista, contradictorios, y en sus comienzos de una rudeza y de una imperfección irremediables como todo lo humano.

Razón tiene quien al ver las tórtolas pareadas y compararlas con la promiscuidad poliándrica y poligámica de las primeras tribus humanas, enseña y señala con cuidado las múltiples raíces de nuestra vida enlazadas con las raíces de la vida puramente animal. No podemos negarlo ni desconocerlo, porque miles de revelaciones históricas lo dicen: la tribu primitiva se parece mucho á las manadas, y el primitivo amor á los ayuntamientos de las especies inferiores. Pero en la especie nuestra comienza el espíritu, algo superior á la Naturaleza, y en el espíritu hay, con la fuerza del pensamiento, la fuerza del progreso, á cuya virtud y eficacia todo se cambia y se mejora, convirtiéndose la hembra prehistó-

rica en la matrona Cornelia. Observad los instintos animales y encontraréis explicación á muchas de las instituciones domésticas pasadas, porque, mientras el hombre adelanta por su libertad y por su idea, las especies inferiores perduran en su sér y estado naturales, fuera de aquellas educadas por la domesticación ó cultura familiar nuestra. No se necesita ser un Plinio ni un Darwín para observar cómo la madre supera en el cuidado y conservación de toda especie al padre. Si hay animales pareados, que al bien y crecimiento de la prole cooperan, como palomos y ruiseñores, en cambio la mayor parte de los machos ó no conocen ú olvidan pronto su propia generación. El cantor de los cantores alados fijará con sus serenatas, transponiéndola y arrobándola en casi místico éxtasis, á la hembra, para que no pueda separarse del nido y caliente con su cuerpo el huevo, y lo empole, y lo cele, y lo cuide hasta que las avecillas rompan aquellas cáscaras y echen por los espacios infinitos. Á pesar de tales ejemplos, el cuidado providencial de la prole pertenece á la madre, que no sólo necesita generarla y producirla, sino también criarla, y no sólo criarla, sino también proveer á la educación de sus instintos y á la dirección de sus fuerzas. Y como en los primitivos tiempos la mujer se parece tanto á la hembra por mil aspectos, el

matriarcado, es decir, el predominio de la madre sobre sus hijos aparece como la forma y manera más rudimentaria, por ende más primitiva, de la entidad que denominamos familia. Yo no puedo comparar el macho de las tribus prehistóricas, sin idea del matrimonio fijo y sin afecto alguno de paternidad, más que con el pavo de nuestros corrales. En sus intensos apetitos, en sus ayuntamientos fugaces, en sus impulsos ciegos, en su vida inconsciente y en su carrera nómada, ni sabe con cuál número de mujeres ha yacido el salvaje, ni menos conoce á su prole, quizás herida por su propia mano, como cualquiera prole feroz encontrada por él mismo al paso en su guerra con todos los elementos y con todas las especies. Yo recuerdo las precauciones que debíamos tomar en los corrales nuestros para que no molestara el gallo á la gallina clueca, ocupada sola en el cuidado y cría de sus polluelos, ó no se comieran los pavos á sus propios hijos. La madre, por regla general, tiene instintos mayores de conservación que los padres y se penetra más de su ministerio y de su fin por haberle confiado la naturaleza la conservación y la perpetuidad de su especie. Así el matriarcado supone una fase de la sociedad en que reine la poliandra más desenfrenada y carezca la mujer del pudor más primitivo y más rudimentario. Descúbrese muy

confusamente, allá en los tiempos fabulosos, esta forma de sociedad, y de familia, y de gobierno, y de estado. No tiene otra significación el triunfo del Aquiles helénico sobre las amazonas orientales. En la historia de Atenas misma encontramos hoy mezclada con fábulas extravagantes la transición del matriarcado al patriarcado. Muy primitivo éste y muy rudimentario, la tardanza y lentitud del desarrollo histórico es tanta, que supone un progreso largo sobre el matriarcado, porque supone una relación moral entre los cónyuges, superior á las relaciones meramente carnales, por cuya eficacia puede ya el padre conocer y designar los hijos, y éstos amar al padre, cosa imposible allá en los antiguos fugaces ayuntamientos y en la promiscuidad universal, estado consiguiente al predominio de la triste animalidad sobre todos los otros caracteres de nuestra especie, tan por extremo lenta y tarda en todos sus desarrollos y en todos sus progresos. No hay ninguna institución que tanto nos muestre la metamorfosis progresiva del género humano como esta institución de la familia.

Quando recordamos que los raptos de las mujeres pertenecientes á una tribu por los hombres de otra constituía un progreso en aquellos apartados y primitivos tiempos, pues indicaba una formación rudimentaria de la sociedad; que los primeros al-

bores del pudor llegan tarde, muy tarde, á enrojecer y á purificar las hembras; que una promiscuidad como lo promiscuidad animal, y á veces inferior, ha reinado en nuestra especie; que allá el amor troglodita se parece al rápido instinto de los brutos en celo; que han existido los matrimonios á plazo y término como un verdadero adelanto sobre las uniones fugaces; que dioses tenidos por humanos aceptaron la prostitución entre las ceremonias de sus liturgias; que pueblos tenidos por muy cultos llevaban sus mujeres al templo como á un oficio divino, entregándolas al viandante y al extranjero en orgías sacras sin número; que clases enteras de sacerdotes y de guerreros se han creído con derecho á la virginidad de las doncellas inscritas en su religión y en sus dominios; que hoy mismo, entre los polinescos y los esquilmales, á porfía se venden ó se prestan las mujeres; que ha existido en las costumbres de pueblos, como los guiados por la Biblia, el harén y la poligamia; que la hetaria y la concubina coexistieran mucho tiempo y en muchos pueblos con la esposa, no podemos evadirnos á un profundo sentimiento de admiración por esta mujer de Roma, en cuyas entrañas austeras parece generarse la familia moderna. Por esto hemos buscado con tal empeño é invenido con admiración tan religiosa el primer esbozo de nuestro sér en la primer familia

salida de la santa monogamia. Por eso hemos con atención tan pura y concentrada de suyo seguido la peregrinación de los arios y encontrado en su hogar erigido á una esposa el germen de toda la grandeza moral humana. Por eso hemos dicho que los progenitores de nuestra raza en la meseta central del Asia, llegando por un lado con los iraníos á la desembocadura del Éufrates y por otro lado con los indios á la desembocadura del Ganges, enseñando los más altos y más puros modelos de familia y matrimonio, habían realmente constituido los fundamentos de la mayor y más excelsa moralidad social, y prestado un servicio tan alto al género humano, que no podríamos alabarlos, cual se merece, aunque agotásemos todas las letanías de todos los humanos loores contenidos en el conjunto de todas las lenguas. Y he aquí por qué al llegar ante Cornelia, hija de un héroe, muy amada; esposa de otro héroe, respetadísima; de martires madre; divinidad austera que idolatra toda su familia; oráculo de los estadistas y de los filósofos; casta como cumple á quien debe fiar la legitimidad de sus descendientes; consultada por todos los que cultivan las superiores facultades del espíritu á causa de las muchas modificaciones tomadas por la inspiración al penetrar en el espíritu de la mujer, no podemos menos de bendecirla y de aclamarla como resultado

sublime de un esfuerzo infinito, no inferior al necesitado por nuestro planeta para subir desde sus tormentosas edades primeras al estado armoniosísimo y luminoso de hoy, en que, semejante á una flor abierta de suyo á todas las auras del cielo, se abre á la visita del espíritu y se corona con una diadema de ideas, las cuales superan en esplendor á cuantos efluvios le manden el éter, el magnetismo, el calor, la electricidad universal, todas las irradiaciones de lo infinito.

Provendrá la monogamia, como dice Spéncer, más bien de razones económicas que de razones fisiológicas y psicológicas; la imposibilidad completa de mantener muchas mujeres habrála determinado en los pueblos arios y en los pueblos iraníes, como si tuviesen riqueza mayor los árabes y demás pueblos que han conservado la poligamia; pero no puede, no, sociólogo ninguno desconocer y negar cómo la civilización se ha debido á estas concepciones altísimas de familia, en que los hombres y las mujeres, llamados entre sí, por los respectivos llamamientos, al par fisiológicos ó psicológicos, funden sus dos almas en una sola y se consagran á la educación de la prole nacida en el común hogar al soplo bendito de su casto amor. Sé muy bien que hay tribus monogámicas, cual ciertas tribus indias, algunas de Ceilán, que ni contar

saben, inferiores en civilización á gentes poligámicas tan excelsas como los árabes. Pero esto quiere decir que son cultas, no por la poligamia, sino á pesar de la poligamia, y que no han podido andar en las vías sociales al paso de los pueblos arios, quienes han alzado el hogar para una esposa tan sólo. Aunque únicamente se considere cómo sirve á la educación de nuestra especie y á su progreso intelectual y moral esa concentración de dos almas unidas en la obra de moralizar y esclarecer á su prole, bastará esto á sobreponer la familia moderna en sus caracteres capitales y en su conjunto espiritual á toda otra clase de familia, más prolífica, en verdad, como la familia polígama, donde un marido alcanza muchas docenas de mujeres, muchos centenares de hijos, pero menos moral y humana. Lo cierto es que una larga experiencia histórica nos enseña la superioridad moral incontestable de los pueblos monógamos sobre los pueblos polígamos. Sin creer nosotros perfecta, ni mucho menos, la familia hebrea, tocada de concubinaje y hasta de poligamia, la creemos con ventajas evidentes sobre las demás familias semitas, á causa de una propensión á la monogamia no reconocida en los otros pueblos de iguales orígenes y que prueba cómo su vida moral se purificaba en el contacto con altos principios religiosos y metafísicos, cual

ese principio de la unidad de Dios predominante ya sobre todos los pueblos cultos, sol que mantiene con su fuerza, esclarece con su luz, aviva con su calor y mueve con su atracción todo el sistema social cristiano como el sol material de las esferas nuestro sistema planetario. Por eso, entre las ideas, que á modo y manera de luminosos enjambres en la India se alzan, y, entrando por el espíritu, hacen de sus espacios infinitos un cielo estrellado, ninguna, tan progresiva en sí misma y al bien general humano tan encaminada, como la idea de su familia, formando sobre nuestro mundo la divina trilogía formada por sus dioses primero allá en el cielo ario. Esta familia se fortifica y robustece mucho en su rama iraniense y persa bajo las inspiraciones luminosas del Zendavesta y la superior autoridad y poder del Zoroastro, que ha continuado aplicando los códigos arios y difundiendo la luz espiritual. Sabemos de sobra cuántas imperfecciones acompañan á una institución brotada en el seno de tiempos muy primitivos y unida con impurezas de la realidad tan tristes como las castas. Pero, en el mundo, una escasa levadura de bien sirve para endulzar terribles acerbidades de la vida y traer mejoramientos eficacísimos á males hondos y crónicos. En torno de la mujer aria y de su ministerio providencial irá condensándose lo que lla-

mamos el ideal ó el espíritu de los seres colectivos, á cuyas irradiaciones vivirán muchos pueblos y á cuyo impulso correrán muchos siglos. Y este vivo espíritu de familia, brotado tan lejos, correrá con la tardanza de toda luz espiritual, tan diversa en celeridad y rapidez de la luz material, hasta esclarecer nuestros hogares y animar nuestra vida.

La cultura humana creció mucho bajo la influencia y poder del sexo hermoso. Muy sometidas á tutela tanto en Grecia como en Roma las mujeres, desquitábanse de su esclavitud legal con soberana influencia y autoridad sobre todo el sexo fuerte. Desde su gineceo solían dirigir la política, conversar con los filósofos, enardecer las venas del poeta y sugerirle inspirados versos, ofrecer modelos típicos á los estatuarios, aparecer como imágenes vivas de las musas que habitaban el Pindo y de las diosas que habitaban el Olimpo. De otra suerte no hubiera podido tener la civilización helénica y los pueblos con ella en contacto aquella melodía que levantaban los hexámetros de sus poetas, las cadencias de sus músicos, las proporciones de sus templos, el ritmo de sus discursos, el armonioso delineamiento parecido á una oda inspiradísima de sus maravillosas estatuas. Desde su Helena, incomparablemente bella en su cuerpo, hasta su Hispatia, de tan sabio y profundo espíritu, Grecia